

El olvido de las mujeres pioneras en la Historia de la Psicología

*Silvia García Dauder**
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

Este trabajo pretende recuperar la memoria perdida de mujeres pioneras en Psicología en el contexto de EE.UU. de finales del siglo XIX y principios del XX: sus nombres, sus contribuciones, pero también sus experiencias y situaciones diferenciales atravesadas por las políticas de género y de conocimiento. Recoge no sólo las experiencias de opresión ideológica, institucional o subjetiva, también sus estrategias de resistencia en diferentes niveles y sus contribuciones tanto a la reconceptualización de la propia Psicología, como al pensamiento feminista y a la mejora de la situación de las mujeres en el contexto mencionado.

Palabras clave: Historia, psicología, mujeres.

Abstract

This work seeks to recover the lost memories of women pioneers in psychology in the U.S.A. context of late nineteenth and early twentieth centuries: their names, their contributions, but also their experiences and different situations permeated by gender and knowledge policies. This includes not only experiences of ideological, institutional or subjective oppressions, also their strategies of resistance in different levels and their contributions to the conceptualization of psychology itself, as well as to the feminist thought and the improvement of situation of women in this context.

Keywords: History, psychology, women.

* Correspondencia: Universidad Rey Juan Carlos. Telf: 666222129. E-mail : <silvia.dauder@urjc.es>..

DE LA CUESTIÓN DE LAS MUJERES EN LA PSICOLOGÍA A LA CUESTIÓN DE LA PSICOLOGÍA EN EL FEMINISMO

«De la cuestión de las mujeres en la ciencia a la cuestión de la ciencia en el feminismo» fue la evolución descrita por Sandra Harding (1996) respecto a las críticas feministas de la ciencia a partir de la década de los 70. Este artículo, fruto de una investigación más amplia (García Dauder, 2005a), también partió de preguntas sobre *la situación de las mujeres en la Psicología*: ¿hubo mujeres en psicología?, ¿quiénes fueron?, ¿cuáles fueron sus contribuciones?, ¿fueron sus situaciones y experiencias diferentes a las de sus compañeros de disciplina?, ¿con qué barreras ideológicas, institucionales y psicológicas se enfrentaron?, ¿cómo influyeron en sus carreras profesionales y en sus contribuciones a la ciencia?, ¿por qué han sido invisibilizadas y olvidadas en las narraciones históricas? y, sobre todo, ¿por qué no nos extraña su ausencia? Se trata de preguntas de carácter socio-histórico y pedagógico, pero que han dado pie a otras dos cuestiones epistémico-políticas. Una, la cuestión de *la Psicología en el Feminismo*, es decir, la utilización de conocimientos psicológicos con fines políticos feministas. La segunda, la cuestión *del Feminismo en la Psicología*, a saber, hasta qué punto la presencia de mujeres y de discursos feministas ha influido en la producción de conocimientos psicológicos, y su reverso, cómo la definición de la psicología y sus prácticas se ha visto afectada por la exclusión de mujeres y de sus contribuciones y ello ha permeado las narrativas históricas y socializadoras de la disciplina. Lo paradójico de la historia de la disciplina es que, en palabras de Hellen Herman (1995), la psicología al construir «lo femenino» contribuyó a provocar la aparición de la psicóloga feminista científica, y así hoy podemos proponer un desplazamiento de la psicología construye lo femenino y la mujer, al feminismo reconstruye a la psicología (Weisstein, 1968/1993). Intentaré articular estos tres ejes analizando, en concreto, la situación y experiencias de las dos primeras generaciones de mujeres psicólogas en EE.UU., desde los comienzos de la psicología como ciencia en 1879 hasta aproximadamente 1930.

LAS PIONERAS PSICÓLOGAS: UN SECRETO MUY BIEN GUARDADO POR LA DISCIPLINA

Resulta sorprendente descubrir hasta qué punto las mujeres psicólogas han sido sistemáticamente borradas de las narraciones históricas de la disciplina, perpetuándose de generación en generación el mito de una historia de la psicología *sin* mujeres. Mucho más cuando se constata que desde los comienzos de la institucionalización de la psicología como ciencia a finales del XIX, y a pesar de las barreras y exclusiones de género, las mujeres estuvieron presentes y no precisamente de forma invisible. No solo sus nombres, sus contribuciones –desde el ámbito académico y en mayor medida desde

contextos aplicados— se han perdido con el paso del tiempo, ignoradas o despreciadas como consecuencia de las políticas hegemónicas de género y de conocimiento (García-Dauder, 2005a). Como ha señalado Janis Bohan (1992), las mujeres en la psicología han sido invisibilizadas, se han tenido que enfrentar a prácticas y estructuras que las excluían, se les ha negado reconocimiento y sus actividades han sido infravaloradas, pero lo que no se puede afirmar es su ausencia. Se trata de un ejemplo más de la exclusión y el olvido de las mujeres en las meta-narrativas históricas en general. Pero con la agravante de que en psicología, y muy especialmente en su fase de instauración con el cambio de siglo, se introdujeron como estudiantes y como profesionales en mayores proporciones que en la mayoría de las ciencias (Rossiter, 1992).

Prueba de ello fueron los resultados de la primera edición del *American Men of Science* (AMS), un directorio de los «hombres de ciencia» en EE.UU. elaborado en 1906 por el psicólogo James McKeen Cattell. Dicho directorio listaba 186 científicos identificados con el área de la Psicología, de entre ellos ¡22 eran mujeres!, el 12%. Veintidós mujeres que compartieron con sus compañeros la experiencia de ser pioneras en «la más nueva de todas las ciencias» en palabras del propio Cattell (Furumoto y Scarborough, 1986; Furumoto, 1987). En la segunda edición del AMS publicada en 1910, las mujeres psicólogas representaban el 9,8% de los profesionales psicólogos. Los porcentajes aumentaron en las sucesivas ediciones de 1921 y 1938 del 20,4% (60 mujeres psicólogas) al 21,7% (277 psicólogas) (Rossiter, 1992). Otra prueba de la presencia de las mujeres en los orígenes de la psicología fue su afiliación a la *American Psychological Association* (APA) prácticamente desde su fundación en 1892. En la segunda reunión anual, en 1893, Christine Ladd-Franklin y Mary Calkins fueron propuestas como miembros, y Margaret Washburn se sumó a ellas al año siguiente. Además participaron activamente en la presentación de ponencias y comunicaciones en sus mítines anuales. La novedad de la disciplina y la consiguiente necesidad de «adeptos» puede explicar parcialmente esta primera aceptación de mujeres durante los primeros años de la asociación, algo que contrastaba con la ausencia de mujeres en otras asociaciones científicas (Rossiter, 1992). Cuando la APA celebró su 25 aniversario en 1917, las mujeres constituían el 13% de sus miembros, y James McKeen Cattell aprovechó para anunciar que según sus estadísticas el porcentaje de mujeres en el campo superaba al de cualquier otra ciencia (Furumoto, 1987). Las psicólogas pioneras también publicaron regularmente en las revistas psicológicas que comenzaban a editarse, contribuyendo con artículos, investigaciones experimentales, comentarios, revisiones y colaborando también en sus equipos editoriales (Scarborough y Furumoto, 1987). No hay más que echar un vistazo a los primeros números de la *American Journal of Psychology*, *The Psychological Bulletin* o *Psychological Review* para encontrar nombres de mujeres entre sus artículos (a veces camuflados bajo iniciales que dificultan su reconocimiento). Por poner un ejemplo significativo, el primer número editado por la *American Journal of Psychology*,

en 1887, ya contaba entre sus páginas con un artículo de psicología experimental escrito por Ladd-Franklin.

Algunas de las pioneras psicólogas no sólo estuvieron presentes en los orígenes de la Psicología, también obtuvieron un reconocido prestigio como científicas entre sus contemporáneos. Así, en el directorio de Cattell, Christine Ladd-Franklin, Mary Whiton Calkins y Margaret Washburn estaban etiquetadas como psicólogas «eminentes». Christine Ladd-Franklin fue reconocida por su particular teoría de la visión de color. Mary Calkins fue doble presidenta de la *American Psychological Association* (en 1905, la decimocuarta de ambos sexos y la primera mujer presidenta) y de la *American Philosophical Association* (en 1918). Sólo dos personas han obtenido ambas menciones, William James y John Dewey. Calkins, además, fue la inventora de la técnica de pares asociados y desarrolló durante más de 30 años y a modo de paradigma una propuesta relacional de psicología del *self*. Margaret Floy Washburn presidió la *APA* en 1921 y fue la segunda mujer miembro de la Academia Nacional de las Ciencias en EE.UU.. Su libro *The Animal Mind* fue considerado en su tiempo como un antecedente del conductismo y en 1927 la *American Journal of Psychology* le dedicó un monográfico. También gozaron de cierta popularidad, sobre todo entre sus compañeros de disciplina, las contribuciones de Helen Thompson Wooley, Leta Stetter Hollingworth, Lillian Martín, Kate Gordon, Milicent Shinn, etc.

UNA HISTORIA «EN SUS PROPIOS TÉRMINOS» (*HER/STORY*): MECANISMOS DE EXCLUSIÓN

La historiografía feminista nos ha enseñado que «resituarse» a las mujeres en la historia de la disciplina no debería limitarse a un proyecto compensatorio de poner nombres olvidados, o recuperar contribuciones según los cánones *main/malestream* que definen lo que es o no es psicología desde una perspectiva lineal y ahistórica, cargada de grandes h/nombres, grandes fechas y grandes teorías. Es necesario regenerar memoria «en sus propios términos», una memoria parcial, situada y crítica sobre sus experiencias genéricamente diferenciadas, donde lo que se han denominado factores internos o cognitivos y factores externos o sociales se diluyan y confundan (Lerner, 1992). Ello supone problematizar, de la mano de las epistemologías feministas, la visión del científico como sujeto neutro, incorpóreo, y por lo tanto de-sexualizado, aislado o independiente del contexto social. Supone, así, destacar la relevancia del sujeto cognoscente en la producción del conocimiento, un sujeto con una posición social y un cuerpo determinados que construye y negocia su identidad y subjetividad en las propias prácticas de producción científica. Y entender la ciencia como prácticas sociales en el seno de comunidades científicas, analizando cómo el sistema de sexo/género, el racismo o la clase social, atraviesan los contextos y las prácticas científicas

–incluyendo sus productos teóricos y los sistemas de reconocimiento y prestigio– y a los sujetos y comunidades que hacen ciencia y nos narran su historia.

De ahí la necesidad de reconstruir los contextos epistémico-sociales donde se desarrollaron las pioneras psicólogas, contextualizarlas en un período donde se estaba debatiendo la idoneidad física, moral y social de la educación superior para las mujeres, al mismo tiempo que se estaban infiltrando en las aulas universitarias y el éxito de su presencia contestaba a sus detractores y modificaba sus discursos. Un período donde determinadas mujeres, impulsadas por los movimientos de reforma social y los movimientos sufragistas y feministas, comenzaban a revelarse contra un destino sexual que las recluía en el ámbito doméstico con los roles exclusivos de esposas y madres. Esta incorporación de la «nueva mujer» al ámbito público coincidió con la institucionalización y profesionalización de la ciencia psicológica, de tal forma que para muchas pioneras psicólogas la profesionalización académica junto con la reforma social se convirtieron en espacios privilegiados para romper con las ataduras y restricciones que imponía el claustrofóbico rol doméstico victoriano.

Las mujeres que se atrevieron a cursar estudios superiores tuvieron que hacer frente a todo tipo de diatribas –muchas de ellas provenientes de los propios psicólogos. En primer lugar, discursos sobre el *no pueden*: debido a su inferioridad o escasa variabilidad mental. Cuando su presencia en las aulas desmontaba estos argumentos, los discursos del *no deben* se impusieron: primero porque pondrían en peligro su salud reproductiva ante las incompatibilidades útero-cerebro, más tarde por el daño moral de convertirse en célibes y «viragos», finalmente por el daño social irreparable del «suicidio de la raza». En palabras del prestigioso psicólogo Stanley Hall, uno de los principales opositores a la coeducación: «[La mujer universitaria] habrá asumido y empleado en su propia vida todo lo que estaba destinado a sus descendientes. (...) Es la apoteosis del egoísmo desde el punto de vista de cualquier ética biológica.» (Hall, 1904, p. 633). «De otro modo, si la educación superior se convierte en universal, la posteridad será gradualmente eliminada y la raza progresivamente exterminada» (Hall y Smith, 1903, pp. 307-308). O visto por Hellen Thompson Woolley, una de las pioneras psicólogas:

«Aquellos que se sienten contrarios a permitir que las mujeres tengan una plena oportunidad de desarrollo mental han cambiado el énfasis de su argumento desde un punto de vista personal a uno social. La queja ya no es que la mujer se perjudicará a sí misma por el excesivo esfuerzo mental y físico que supone la formación intelectual superior, sino que perjudicará a la sociedad reduciendo su propia actividad reproductiva (matrimonios tardíos, menores tasas de matrimonios, menor número de hijos, oposición entre las funciones intelectuales y sexuales) (...). La conclusión parece ser que el deber superior de la mujer es

frenar voluntariamente el desarrollo de sus propias capacidades mentales ante la amenaza de perjudicar a la sociedad –una forma de ascetismo un tanto difícil de suscribir.» (Woolley, 1910, p. 342).

Pero los mecanismos de exclusión no sólo provenían de este tipo de discursos, las propias universidades los implementaban al prohibir la presencia de mujeres en sus aulas. Volviendo al grupo de 22 mujeres identificadas por Cattell como pioneras psicólogas, sus situaciones y experiencias fueron comparables a las de sus compañeros en términos de áreas de especialización –fundamentalmente la psicología experimental de laboratorio–, y la edad media de finalización de estudios de licenciatura –22 años– (Scarborough y Furumoto, 1987). No obstante, diez de ellas consiguieron sus títulos en cuatro *colleges* de mujeres –Smith, Vassar, Wellesley y Wilson–, instituciones que se convirtieron para muchas en la única oportunidad para una educación superior, hasta entonces cerrada para las mujeres completamente. Las doce restantes estudiaron en las escasas universidades *coeducativas* que impartían estudios superiores y permitían la entrada a mujeres en la década de 1890, experimentando algunas de ellas la experiencia de ser la *única* mujer en el aula.

La mayoría de las pioneras completaron todos los requisitos para un PhD, pero su situación no era equiparable a la de sus compañeros. Muchas fueron aceptadas para cursar estudios de doctorado pero de forma excepcional e informal, en calidad de «estudiantes especiales», para que sus nombres en los registros no sentaran un peligroso precedente ni mancharan el prestigio de la institución, lo cual servía de argumento a las autoridades para posteriormente rechazar el reconocimiento oficial de sus títulos. En esa década pocas instituciones ofrecían formación doctoral en psicología y todavía menos eran las que además admitían a mujeres oficialmente. Las preferencias de los psicólogos varones para cursar estudios de doctorado en una universidad eran Harvard, Leipzig, Columbia, Clark y Cornell, por ese orden (Rossiter, 1992). En 1890, ninguna de las cuatro primeras instituciones permitía el acceso a mujeres para formación doctoral. La universidad de Cornell representó una excepción posibilitando a las pioneras una formación universitaria completa en psicología y otorgando a seis de ellas el reconocimiento oficial del título de doctoras. Los dos años de retraso con que el grupo de pioneras psicólogas completaron sus estudios de doctorado respecto a sus colegas varones –a los 31 y 29 años respectivamente–, probablemente puedan ser explicados atendiendo a estas dificultades para encontrar universidades que admitieran a mujeres para formación doctoral, las esperas de trámites burocráticos para permisos especiales y las dudas respecto a embarcarse o no en una carrera profesional alejada del ideal femenino victoriano.

Es significativo que las tres mujeres psicólogas que recibieron en la primera edición del *American Men of Science* la categoría de «estrellas» o de eminentes, Calkins, Ladd-

Franklin y Washburn, compartieron las experiencias comunes de estudiar en *colleges* de mujeres, de comenzar sus estudios doctorales en calidad de «estudiantes especiales» no reconocidas oficialmente –en Harvard, Johns Hopkins y Columbia respectivamente– y que las tres, habiendo cumplido todos los requisitos para conseguir el título de doctoras, se tuvieron que enfrentar a diferentes barreras de cara a su reconocimiento oficial. Ladd-Franklin tuvo que esperar al cincuenta aniversario de la Johns Hopkins para que se le reconociera oficialmente su doctorado, a los 79 años, 44 años después de haberlo obtenido con los mismos méritos que sus compañeros varones; la obstinada universidad de Harvard *nunca* le reconocería el doctorado a la que sería presidenta de la APA y de la Apha, Mary Calkins.

Las limitadas oportunidades de empleo accesibles para estas mujeres fueron probablemente la diferencia más importante respecto de sus compañeros de disciplina, especialmente en la academia y especialmente si estaban casadas. Salvo excepciones, sus únicas salidas laborales para desarrollar una carrera profesional académica fueron los *colleges* de mujeres y las *normal schools*, y esto a condición de permanecer solteras. La mayoría de mujeres casadas trataron de encontrar o inventar empleos donde poder aplicar sus conocimientos fuera del espacio académico que se negaba a contratarlas, especialmente en las llamadas «profesiones de ayuda» o de reforma social. A diferencia de sus compañeros varones, tuvieron que enfrentarse al dilema vital «matrimonio *versus* carrera». El desarrollo de una carrera profesional «a tiempo completo» y la vida conyugal de esposa y madre se convirtieron en una incompatibilidad difícilmente negociable. La mitad de ellas resolvieron el dilema optando por permanecer solteras, si bien como en el caso de Calkins o de Milicent Shinn, eso no las liberó de las ataduras del «imperativo familiar» al recaer en ellas –como hijas solteras– las obligaciones de cuidar de sus padres mayores o enfermos. Trabajos de cuidado o trabajos reproductivos asignados socialmente a las mujeres, de los que estuvieron exentos sus compañeros de disciplina. No solo eso, para aquellos que disfrutaron del cuidado de esposas, madres o hermanas, contribuyeron por el contrario al fomento de sus carreras al liberarles de preocupaciones «cotidianas».

Pero no solo experimentaron severas restricciones en sus oportunidades de empleo, también fueron sujetas y sujetadas por poderosas normas sociales que convertían en contradictorias sus identidades generizadas y sus identidades profesionales como científicas. Además de ser pioneras en el campo de la psicología, estas mujeres estuvieron en la vanguardia buscando y consiguiendo una educación superior y una profesión en la segunda mitad del siglo XIX. Eso suponía enfrentarse no solo a un fuerte escepticismo social sobre su capacidad, también a hostilidades y fuertes sanciones sociales por traspasar los límites más allá de lo permitido y considerado como propio para una mujer. Las que decidían romper con los «muros generizados» y conseguían adentrarse en el hostil y competitivo mundo académico y científico, experimentaron otra contra-

dicción: ser *mujer* y responder a las normas y valores asociados con lo femenino y ser *científica* y responder a las «masculinizadas» normas y valores de la ciencia. Muchas de ellas tuvieron que negociar ambas identidades respondiendo a las expectativas sociales de feminidad aunque fuera como mascarada: «¿Puede una mujer convertirse en una fanática en su profesión y todavía permanecer casable? Sí, puede, porque conozco algunas, pero creo que una mujer debe ser anormalmente brillante para combinar encanto y concentración. Estas mujeres hacen la síntesis siendo encantadoramente entusiastas.» (Boring, 1951, p. 681). Combinar «encanto y concentración» suponía un *extra* emocional para las pioneras psicólogas: no sólo sobrecualificación, también una contención estoica ante las exclusiones y humillaciones constantes, y el ejercicio performativo de una «feminidad» difícilmente reconciliable con la idea de una ciencia entendida como control, manipulación y dominio.

UNA HISTORIA «EN SUS PROPIOS TÉRMINOS» (*HER/STORY*): MECANISMOS DE RESISTENCIA

Pero al subrayar los mecanismos de discriminación y exclusión que marcaron las experiencias diferenciales de las pioneras psicólogas debemos tener en cuidado en no situarlas como víctimas pasivas de diferentes opresiones. Es fundamental, igualmente, recuperar sus memorias críticas, sus historias de luchas y resistencias. Siguiendo a Albert Hirschmann (1977), podríamos señalar tres mecanismos de resistencia individual que utilizaron las pioneras psicólogas: la *salida* o renuncia de la psicología, desplazándose hacia los ámbitos de la reforma social; la utilización de su voz, como fue el caso de la siempre luchadora e inconformista Ladd-Franklin; o mediante su *lealtad* a la disciplina, con estoicismo y sobrecualificación como si el sexo no marcara ninguna diferencia, como fue el caso de Washburn. Pero algunas también se apoyaron en las redes colectivas de mujeres, surgidas tanto de los *colleges* femeninos como de las confusiones ciencia-reforma. El caso más paradigmático fueron probablemente las confluencias entre la Universidad de Chicago, la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA) y la *Hull House*, que constituirían lo que más tarde se ha denominado la «Escuela de Chicago de Mujeres». A nivel personal, algunas optaron por estrategias «transgresoras» que les permitiesen continuar con sus carreras, esquivando la elección intolerable, matrimonio –heterosexual– o carrera: mediante la soltería, o con emparejamientos con otras mujeres, los llamados «matrimonios bostonianos», o su versión académica, «los matrimonios Wellesley».

Las experiencias generizadas de estas mujeres no solo influyeron en su situación académica, también determinaron en algunos casos los contenidos de sus teorías y sus formas de investigar y entender la ciencia y sus sujetos: la urgencia por responder a las exclusiones cotidianas llevó a algunas a estudiar las diferencias sexuales y derrumbar

mitos sobre la inferioridad de las mujeres, desarrollando un feminismo científico que no dejó inmune a la psicología; el matrimonio lanzó a muchas mujeres psicólogas fuera de la academia hacia puestos «aplicados» o de reforma, cambiando en muchos casos sus intereses de investigación en aras de encontrar un empleo o ensayando nuevas formas de «hacer» psicología; las que ejercieron desde los *colleges* de mujeres entendieron la práctica científico-académica más como una labor docente-relacional o de investigación colectiva que como una carrera competitiva individualista.

Ante las ofensas personales de sus propios compañeros de disciplina y los desesperantes obstáculos institucionales, las primeras psicólogas sintieron la responsabilidad de utilizar sus conocimientos y su posición como científicas para mejorar la situación de las mujeres bajo el amparo de un cientificismo neutral en el que creían. Mary Whiton Calkins protagonizó lo que se ha considerado como la «primera controversia sobre diferencias sexuales en procesos cognitivos en la literatura psicológica»: la controversia Calkins-Jastrow (Wellesley-Wisconsin). En dicha controversia cuestionaba la naturalización de las diferencias sexuales en rasgos mentales, haciendo énfasis en los efectos del ambiente:

«Ciertamente, un estudio estadístico, si está suficientemente extendido, puede establecer diferencias características entre los intereses de varones o mujeres, y todas las conclusiones del Dr. Jastrow pueden de hecho ser interpretadas de esa forma. Mr. Havelock Ellis, sin embargo, y Dr. Jastrow, quizá, con la expresión «rasgos mentales masculinos y femeninos», pretenden una distinción entre el intelecto *per se* masculino y femenino. A mi entender se trata de algo fútil e inviable, debido a nuestra total incapacidad para eliminar los efectos del ambiente. Hoy en día las diferencias en la educación y tradición de varones y mujeres comienzan en los meses más tempranos de la infancia y continúan a lo largo de la vida. La mayor parte de las preferencias que han sido encontradas en los dos experimentos, por ejemplo la preferencia de las mujeres por lo que está relacionado con la casa, son obviamente intereses cultivados.» (Calkins, 1896, p. 430).

Este énfasis en las semejanzas entre varones y mujeres y el recurso a la influencia de «lo social» o el ambiente para explicar las diferencias, caracterizó también la magnífica tesis doctoral de Helen Thompson Woolley de 1903, *The Mental Traits of Sex*: «si realmente hubiera una diferencia esencial de instintos y características que determinara las diferencias (...) no sería necesario malgastar tanto esfuerzo en conseguir que chicos y chicas siguieran las líneas de conducta propias de cada sexo.» (1903, p. 181) y los diferentes trabajos de Leta Stetter Hollingworth para desmontar tres mitos muy presentes en el conocimiento psicológico de la época: la disminución del rendimiento mental y motor de las mujeres durante la menstruación; la hipótesis de la inferior variabilidad física y mental de las mujeres, lo que les abocaba a una natural mediocridad; y la na-

turalización del instinto maternal. Esta autora, siguiendo a Stuart Mill, demandó una mayor presencia de mujeres investigadoras basándose en su mayor potencial objetivo y menos sesgado respecto a los científicos varones, especialmente cuando investigaban sobre diferencias sexuales (Hollingworth, 1914).¹

Junto con este incipiente feminismo científico, lo que la psicología como ciencia ha perdido en las narraciones androcéntricas, ahistóricas e idénticas sobre su historia es la riqueza de determinadas tradiciones y contribuciones de mujeres psicólogas desde los márgenes de los circuitos tradicionales y dominantes académicos: por ejemplo, desde los *colleges* de mujeres –o «regímenes de enaguas» como despectivamente los denominó William James– que concibieron la ciencia como empresa colectiva y cooperadora; contribuciones desde ámbitos aplicados o de reforma olvidadas al no formar parte de lo definido desde la academia como «psicología»; o, por último, teorizaciones e investigaciones desde posiciones interdisciplinares y transfronterizas difícilmente clasificables bajo un único patrimonio disciplinar.²

LAS ARTICULACIONES ENTRE LA PSICOLOGÍA Y EL FEMINISMO

Como señalábamos al principio, esta investigación se desplazó del análisis de la situación de las mujeres psicólogas, a las relaciones entre la Psicología y el Feminismo a finales del siglo XIX y principios del XX, coincidiendo con los orígenes de la psicología como ciencia y la llamada «primera ola del feminismo». Respecto a las aportaciones de la psicología al feminismo, hay que destacar que algunas pioneras psicólogas militaron activamente en el movimiento feminista y sufragista –en ocasiones como oradoras públicas– y desarrollaron actividades paralelas a sus carreras científicas. No obstante, es significativo que el movimiento sufragista no utilizara como argumento para reclamar el voto sus conclusiones empíricas y teóricas sobre semejanzas sexuales y sobre la influencia del ambiente social en las diferencias. Sin embargo, las pioneras sí cambiaron la visión de muchos psicólogos respecto de las mujeres y sí afectaron relativamente a la estructura social de la academia, especialmente al facilitar la entrada y el desarrollo de las carreras de jóvenes estudiantes. Por otro lado, las que se dedicaron a trabajos aplicados –fundamentalmente las que estaban casadas– reformularon su práctica psicológica al negociar entre valores de reforma y valores científicos. Algunas

1. Un mayor desarrollo de los trabajos de Helen Woolley y de Leta Stetter Hollingworth se encuentra en García-Dauder (2005a).
2. Como los trabajos de Mary Parker Follett sobre el poder y los conflictos o las aportaciones de la Escuela de Chicago de Mujeres. Para un mayor desarrollo de los trabajos de Jessie Taft, Mary Calkins y Parker Follett, donde se incluyen traducciones de sus textos, ver García-Dauder (2004, 2005b) y Domínguez Bilbao y García Dauder (2005).

como Woolley, mediante su trabajo en estos ámbitos, impulsaron cambios legislativos fundamentales en la regulación del trabajo infantil. En todas estas actividades, las psicólogas pudieron ofrecer sus competencias mediante creativas «transfusiones cruzadas» de conocimientos y experiencias entre la psicología académica y la práctica política de reforma, sufragista o feminista.

Con respecto a la influencia del feminismo en la psicología, el movimiento feminista de la primera ola en EE.UU. –deudor del pensamiento feminista ilustrado– posibilitó, en primer lugar, la existencia de mujeres psicólogas: la extensión de la educación universitaria a determinadas mujeres (fundamentalmente de clase media-alta) y la posibilidad material y simbólica de que ejercieran profesiones cualificadas. Aunque no se reconocieran como feministas, la presencia de estas mujeres en la psicología por sí misma ya derrumbaba muchos mitos psicológicos sobre su incapacidad mental o su natural inferioridad y vinculación a lo doméstico-emocional-maternal. Como ha señalado Harding (1996), las revoluciones sociales han tendido a mejorar la ciencia gracias a las críticas que dirigen hacia los planteamientos hegemónicos, dando lugar a visiones menos distorsionadas y parciales. En este sentido, se puede argumentar que la presencia de mujeres en la psicología, posibilitada por un movimiento social como fue el feminismo, generó «una ciencia menos distorsionada» en lo que a la «psicología de la mujer» se refiere. La presencia de mujeres psicólogas, como grupo social excluido en tanto sujetos de conocimiento, permitió la visibilización de lo no cuestionado, ampliando el horizonte cognitivo de una comunidad científica masculina ciega y acrítica ante determinados campos de ignorancia. Si las mujeres no hubieran estado presentes en las universidades para ser examinadas junto con sus compañeros varones, y si las mujeres psicólogas no hubieran difundido y publicado las implicaciones igualitarias de sus datos empíricos, resulta difícil creer que la psicología hubiera superado sus resistencias a abandonar visiones tradicionales sobre las diferencias sexuales y la inferioridad de las mujeres. En definitiva, las mujeres *marcaron* la psicología, en parte, porque forzaron a sus colegas masculinos a ser igualmente críticos –científicos– cuando trataban con el tema de las diferencias sexuales. Pero además, recogiendo la herencia del pensamiento de Mary Wollstonecraft o de Mill, las psicólogas feministas desempeñaron un papel fundamental –si bien no reconocido– en la transición desde una psicología biológica o hereditaria de principios de 1900 a una psicología más «ambientalista» o social en 1920³ –y que se aplicaría también a los análisis sobre diferencias raciales.

3. Ejemplo de ello fueron, no sólo los trabajos experimentales que incidían en la importancia del ambiente en la constitución de las diferencias sexuales, también teorizaciones relacionales y sociales del *self* como las de Whiton Calkins o Jessie Taft que no cayeron en reduccionismos conductistas o hereditaristas.

CONCLUYENDO

Como señalan Scarborough y Furumoto, «a pesar de su presencia en el pasado histórico, las mujeres psicólogas han sido un secreto muy bien guardado en la historia de la disciplina» (1987, p. 1). La fascinación que produce (re)conocer a estas pioneras, sus experiencias y sus contribuciones a la emergencia de un feminismo científico, provoca la rabia del olvido, pero también el placer político de la identificación y la genealogía de un pasado histórico lleno de luchas y resistencias que nos ayuda a comprender mejor la experiencia del presente. Esto es más importante si cabe, teniendo en cuenta que hasta ahora la psicología no había destacado precisamente por su producción de conocimientos y prácticas liberadoras para las mujeres, más bien al contrario, el feminismo siempre ha mirado con recelo a la psicología, «como sexismo disfrazado de ciencia», debido a su tendencia a esencializar y psicologizar las desigualdades sociales. El trabajo de pioneras psicólogas y feministas científicas –como Mary Calkins, Helen Woolley, Leta Stetter Hollingworth, Jessie Taft, entre otras– nos permite acudir a otro legado olvidado donde psicología y feminismo se conformaban mutuamente e iban de la mano.

Hoy en día, pocos manuales de historia de la psicología incluyen nombres de mujeres entre sus páginas, a veces irreconocibles u ocultos bajo iniciales, otras como nombres de ayudantes de «categoría inferior», o bien bajo apellidos que se duplican dando a entender la autoría de un matrimonio donde sólo se termina reconociendo la parte masculina. En una carrera cuyo alumnado está constituido mayoritariamente por mujeres resulta tremendamente discriminatorio la ausencia de modelos de mujeres psicólogas en los manuales socializadores de historia de la disciplina. Más si cabe, cuando se constata su existencia y su olvido. Por otro lado, como hemos señalado, no basta con recuperar sus nombres y sus contribuciones, mucho menos en los tan de moda epígrafes «sabías que» o de «diversidad» de los manuales introductorios. La historia de las mujeres en la psicología se sigue presentando, si es que se presenta, como «la Otra» de la Historia de la Psicología. Es necesario, también, recuperar de forma central la historia de las pioneras en su contexto y conocer las situaciones y experiencias de exclusión y resistencia por las que pasaron. Así podremos construir genealogía, comprender el presente y aprender del pasado para la construcción de una psicología más igualitaria.

REFERENCIAS

- Bohan, J. S. (ed.) (1992). *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History*. Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Boring, E. G. (1951). The Woman Problem. *American Psychologist*, 6, 679-682.

- Calkins, M. W. (1896). Community of ideas of men and women. *Psychological Review*, 3(4), 426-430.
- Domínguez Bilbao, R. y García Dauder, S. (2005). Conflicto constructivo e integración en la obra de Mary Parker Follett (Presentación y traducción de «Las bases psicológicas: el conflicto constructivo» de M.P.Follett (1926)). *Revista Athenea Digital*, 7. <<http://antalya.uab.es/athenea/num7/follet.pdf>>.
- Furumoto, L. (1987). On the Margins: Women and the Professionalization of Psychology in the United States, 1890-1940. En Mitchell G. Ash y William R. Woodward (eds.), *Psychology in Twentieth-Century Thought and Society* (pp. 93-113). Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Furumoto, L. y Scarborough, E. (1986). Placing Women in the History of Psychology. The First American Women Psychologists. *American Psychologist*, 41(1), 35-42.
- García Dauder, S. (2004). Conflicto y conciencia social en Jessie Taft (Presentación y traducción de «El movimiento de la mujer como parte de la situación social más amplia» de Jessie Taft (1915)). *Revista Athenea Digital*, 6. <<http://antalya.uab.es/athenea/num6/Taft.pdf>>.
- García Dauder, S. (2005a). Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología. Madrid: Narcea.
- García Dauder, S. (2005b). Mary Whiton Calkins: La psicología como ciencia del *self* (Presentación y traducción de fragmentos extraídos de «The Self in Scientific Psychology» y «A Reconciliation Between Structural And Functional Psychology» de M.C.Calkins (1915 y 1906)). *Revista Athenea Digital*, 8. <<http://antalya.uab.es/athenea/num8/Calkins.pdf>>.
- Hall, G. S. (1904). *Adolescence*. (2 vol.). New York: Appleton.
- Hall, G. S. y Smith, Th. L. (1903). Marriage and Fecundity of College men and women. *Pedagogical Seminary*, 10, 275-314.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Herman, E. (1995). *The romance of American Psychology*. Berkeley, Los Angeles and London: University of California Press.
- Hirschman, A. O. (1977). *Salida, voz y lealtad*. México: FCE.
- Hollingworth, L. S. (1914). *Functional Periodicity: An Experimental Study of the Mental and Motor Abilities of Women during Menstruation*. New York: Teachers College, Columbia University Press.
- Lerner, G. (1992). Placing Women in History: Definitions and Challenges. En Janis S. Bohan (ed.), *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 31-43). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Rosser, M. W. (1992). *Women Scientists in America. Struggles and Strategies to 1940*. (3ªed.). Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.

- Scarborough, E. y Furumoto, L. (1987). *Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists*. Nueva York: Columbia University Press.
- Thompson, H. (1903). *The Mental Traits of Sex*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Weisstein, N. (1968/1993). Psychology Constructs the Female. *Feminism & Psychology*, 3(2), 195-210.
- Woolley, H. Th. (1910). Psychological Literature. A review of the recent literature on the psychology of sex. *The Psychological Bulletin*, 7, 335-342.

Artículo recibido: 26-11-09

Artículo aceptado: 25-01-10